

EL PROFETA DE JUDÁ CUYO NOMBRE NO SE MENCIONA SOBRE CREER UNA MENTIRA

EDDIE CLOER

Texto: 1º Reyes 13

¿Ha oído usted alguna vez a alguien decir: «En realidad no importa lo que uno crea. Lo que importa es que sea sincero. La doctrina no cuenta; lo que importa es el corazón»? Es probable que lo haya oído. Todos lo hemos oído. En vista de que la Biblia es nuestra guía, una importante pregunta debe plantearse: ¿Es verdadera tal manera de ver la religión? Veamos.

Antes de dejar a Jeroboam, consideremos con mayor detalle al profeta de Judá cuyo nombre no se menciona, profeta que reprendió a Jeroboam ante el altar que este acababa de construir. Este profeta es de especial interés para nosotros porque nos hace recordar la continua batalla que se libra en este mundo entre la verdad y el error, entre la obediencia y la desobediencia.

Es probable que usted haya oído la expresión «mentiras piadosas», pero debemos recordar que ninguna mentira es jamás piadosa. Puede que algunas mentiras *parezcan* piadosas, pero jamás lo son. Un personaje bíblico que confirma en sí mismo esta verdad es el profeta de Judá. Para ver esta verdad, necesitamos retomar su historia después del momento cuando reprende a Jeroboam.

Después de la histórica denuncia y la pública humillación de que es objeto Jeroboam, Dios eligió darle a este una oportunidad para arrepentirse. Su mano y su brazo fueron sanados, y el juicio final se

postergó un tiempo más. En el alivio y en un momento de buena voluntad, Jeroboam invitó al profeta a ir con él a su casa para recibir un refrigerio y un presente. ¡Qué invitación! ¿A qué profeta no le habría gustado la oportunidad de decir: «Reprendí al rey, y este me lo agradeció llevándome a su palacio a comer»?

El profeta demostró cuán leal era a su verdadero Capitán cuando dijo al rey: «Aunque me dieras la mitad de tu casa, no iría contigo, ni comería pan ni bebería agua en este lugar. Porque así me está ordenado por palabra de Jehová, diciendo: No comas pan, ni bebas agua, ni regreses por el camino que fueres» (13.8–9) Si la vida de este profeta hubiera llegado a su fin en ese momento de la historia, lo hubiéramos considerado uno de los más grandes profetas de la Biblia. Diríamos de él: «Este es uno de los hombres grandes de todos los tiempos. Tenía su corazón fijo en una sola cosa: la verdad de Dios. Nadie, ya fuera potentado o campesino, lo convencería de apartarse de la voluntad de Dios. Fue un verdadero profeta dedicado a proclamar solamente la verdad de Dios, y lo hizo sin temor ni favor». No obstante, el resto de la historia de este hombre nos pinta otro cuadro de él.

El profeta de Judá montó su asno y emprendió el regreso a casa, asegurándose de que tomaba un camino diferente del que había usado para venir. Toda Bet-el debió de estar comentando lo que

acaba de ocurrir a Jeroboam junto al altar. Ciertos jóvenes que habían visto aquellos eventos fueron a casa y contaron a su padre, un viejo profeta, todo lo que había ocurrido. No sabemos mucho acerca del viejo profeta, excepto que se emocionó por lo que le contaron sus hijos. Preguntó: «¿Por qué camino se fue?» (13.12). Los hijos sabían. Todos los que habían estado presentes junto al altar sabían qué camino había tomado el profeta para regresar a Judá. Después que el profeta respondió al rey, sin duda dio media vuelta, se alejó de la presencia del rey, subió a su asno, y salió cabalgando de la ciudad como un estadista que ese día había hecho prevalecer la verdad en un momento crucial de decisión. Toda la gente que había presenciado la escena siguió atentamente con sus ojos la salida de él, observando cada uno de sus movimientos hasta que él y el asno desaparecieron de vista. Después que desapareció, es probable que ellos se quedaran inmóviles algunos minutos guardando silencio, con sus oídos zumbándoles a causa de la aseveración de juicio; luego, uno por uno, comenzaron a caminar solemnemente cada uno a su casa, sin habla y meditando profundamente en lo que habían visto. Sí, los hijos conocían el camino que había tomado, pues lo habían visto salir como un ángel de luz que volvía a Aquel que lo envió.

Después de ser informado acerca del camino que el joven profeta había tomado para salir de la ciudad, el viejo profeta rápidamente montó su asno y fue tras él. Encontró al varón de Dios sentado bajo un árbol, tomando un descanso para seguir el resto de su viaje. No sabemos por qué el viejo profeta habló o actuó de la forma que lo hizo.¹ No

¹ Son varias posibilidades las que se han insinuado en cuanto a las razones por las que el viejo profeta hizo tal propuesta al profeta de Judá. En primer lugar, se cree que el viejo profeta estaba sencillamente abrumado por la valentía y la fidelidad del joven profeta y deseaba tener comunión con él, y estaba tan entusiasmado, que lo instó a venir a casa con él, a pesar de que era una violación de la voluntad de Dios. El viejo profeta, en primer lugar, no respetaba la verdad como debía, porque de lo contrario no hubiera estado observando pasivamente todo lo que estaba sucediendo con Jeroboam. Por lo tanto, inventó una historia de cómo Dios le había hablado, se fue al extremo con tal de estar con el joven profeta.

Otra posibilidad es que el viejo profeta estaba procurando deliberadamente de poner en su mismo nivel al profeta de Judá. La denuncia que hizo junto al altar había censurado a todos los que habían acompañado a Jeroboam en la apostasía, incluyendo al viejo profeta, por no hablar en contra de esta. Por lo tanto, si el viejo profeta podía lograr que el joven profeta cayera en una mentira, estaría hasta cierto punto destruyendo el efecto de su reprensión de Jeroboam y de Bet-el. El viejo profeta debía haber estado reprendiendo los pecados de Jeroboam, y le hizo sentir

sabemos por qué el joven profeta hizo lo que hizo. El viejo profeta le dijo: «Ven conmigo a casa, y come pan» (13.15). Al comienzo el joven profeta se mantuvo firme y resistió la invitación tan valientemente como había resistido la de Jeroboam. Dijo:

No podré volver contigo, ni iré contigo, ni tampoco comeré pan ni beberé agua contigo en este lugar. Porque por palabra de Dios me ha sido dicho: No comas pan ni bebas agua allí, ni regreses por el camino por donde fueres (13.16-17).

El viejo profeta, por alguna razón, inspirado por el diablo, le dijo:

Yo también soy profeta como tú, y un ángel me ha hablado por palabra de Jehová, diciendo: Tráele contigo a tu casa, para que coma pan y beba agua (13.18).

Sin embargo, estas palabras centrales, anteceden: «... le dijo, mintiéndole...» (13.18). Lea lenta y cuidadosamente estas palabras. Aquí es donde vemos la verdadera alma del joven profeta. ¿Estaba él realmente dedicado a obedecer a Dios, o era que tenía una debilidad al pensar en ello? Había reprendido a un rey, y ahora ¿iba a ser engañado por un viejo profeta con una mentira? La respuesta a estas preguntas se da en el versículo 19: «Entonces volvió con él, y comió pan en su casa, y bebió agua». Cuando avanzamos en la revelación de la historia, nuestro corazón clama, diciéndole: «¡No lo hagas! ¡No lo hagas! No te dejes llevar por una mentirilla. Sigue fiel a la Palabra del

culpable el joven profeta que lo hizo. Por lo tanto, lograr que el joven profeta cediera, tranquilizaría, de un modo torcido, la conciencia del viejo profeta.

En tercer lugar, algunos han creído que el viejo profeta en realidad estaba probando al joven profeta, comprobando si era auténtico. El joven profeta vino de Jerusalén. ¿Era él solamente un mensajero del reino del sur que había venido a causar problemas, o era verdaderamente un profeta enviado de Dios para reprender el pecado de ellos? Si el joven profeta cedía a esta siniestra invitación, estaría probando que no era un «verdadero» profeta de Dios.

En cuarto lugar, podía ser que el viejo profeta solo estaba actuando a favor del rey. Se había constituido a sí mismo como defensor del rey. Jeroboam no pudo lograr que el profeta de Judá viniera a su casa, así que el viejo profeta trataría de lograr lo que el rey no había podido hacer. Si el viejo profeta podía lograr que viniera a su casa, disminuiría el efecto de la profecía y tal vez adquiriría fama para sí mismo en el reino del norte. Esta podía ser su oportunidad de llegar a ser un éxito.

Aunque muchas insinuaciones se han hecho, solo sería una conjetura en cuanto a los motivos del viejo profeta. Lo que sabemos es que le «mintió». Esta verdad, reconozcámoslo, es la idea principal que el Espíritu Santo quiso que viéramos.

Señor». Nos descorazonamos cuando presenciamos que sale de debajo del árbol hacia la casa del profeta, un viaje que lleva de la fidelidad a la infidelidad, de ser un gran profeta a ser «una vieja gloria», de ser un profeta viviente a ser un profeta muerto.

Mientras estaba sentado en casa del profeta, el Espíritu Santo obligó al viejo profeta a pronunciar una profecía relacionada con el futuro del joven profeta.

Así dijo Jehová: Por cuanto has sido rebelde al mandato de Jehová, y no guardaste el mandamiento que Jehová tu Dios te había prescrito, sino que volviste, y comiste pan y bebiste agua en el lugar donde Jehová te había dicho que no comieses pan ni bebieses agua, no entrará tu cuerpo en el sepulcro de tus padres (13.21-22).

Más tarde ese día, cuando el joven profeta volvía a casa, fue atacado, malherido y muerto por un león. Cuando el viejo profeta oyó de su muerte, salió, levantó su cuerpo, lo trajo de nuevo a la ciudad, lo puso en su propio sepulcro y suspiró, diciendo: «¡Ay, hermano mío!». El único epitafio que se nos ocurre para la lápida de este profeta de Judá es: «¡Ay, hermano mío, ¿por qué lo hiciste?!». Cayó cuando estaba en medio de su propio despertar. Fue un predicador que no escuchó su propia predicación, un hombre de la verdad que fue engañado por una mentira.

Este triste episodio debería ayudarnos a entender de una vez por todas, en nuestros pensamientos, la tragedia de creer en el error. La falsedad es imparcial; condena reyes y predicadores por igual. El profeta que yacía muerto sobre el camino nos enseña que Dios es Dios de la verdad. La mentira y la falsedad son antítesis de Dios. Del cielo solo la verdad proviene, y por el cielo solo la verdad es honrada. Sobre el trasfondo de este evento podemos ver claramente por qué una mentira es tan trágica.

UNA MENTIRA ES ENGAÑOSA

En primer lugar, una mentira es una tragedia porque confunde y engaña. En este respecto, es lo opuesto a Dios, pues Dios jamás es engañoso. Su Palabra siempre es buena. No hay nada acerca de Él que sea falso. Él nos guía por sendas de justicia (Salmos 23.3).

El error no nos guía a lo que es justo, sino a lo que es falso e irreal. El viejo profeta quiso convencer al joven profeta con su mentira, de que comer y beber en su casa era justo, aunque ello constituyera desobediencia completa a la voluntad de Dios. El

joven profeta le creyó y fue engañado mortalmente.

Note cuán creíble puede ser a veces una mentira. El viejo profeta hizo muy atractiva su mentira, afirmando que él también era *profeta* y que *un ángel* se le había aparecido y había sustituido el mandamiento dado al joven profeta con un nuevo mandamiento. Sostuvo que su fuente era fidedigna y que él, el mensajero, era creíble. No sabemos por qué el profeta de Judá cedió a este ruego, pero puede ser que se dijera: «Él es profeta también, y dice que un ángel se le apareció. A mí no se me apareció ningún ángel. Debe de ser que él está en lo cierto. Iré a casa con él». De este modo hizo caso omiso del claro mandamiento que Dios le había dado a él, a cambio de aceptar una mentira de un viejo profeta, que se le presentó maquillada, disfrazada de credibilidad.

Alguien ha dicho: «¡Tenga cuidado en cuanto a creerle al hombre que dice que el Señor se le ha aparecido a él más recientemente que a usted!». La verdad es que el Señor nos ha dado a todos nosotros Su Palabra, la Biblia, y quienquiera que diga que haya recibido una actualización de ella, hay que vigilarlo como si fuera un perro bravo. Si ruega que obedezcamos un mandamiento que claramente no se encuentra en las Escrituras, ¡cate las Escrituras, no las palabras de él! Recuerde las palabras de Pablo:

Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema (Gálatas 1.8-9).

UNA MENTIRA ES DESTRUCTIVA

Otra razón por la que una mentira es una tragedia es que una mentira siempre es destructiva. Cuando el viejo profeta invitaba al joven profeta a su casa, lo estaba invitando a las tinieblas, el deterioro y la muerte. Si usted desea matar el alma de alguien, no tiene más inducirlo a creer y a vivir una mentira. Quienquiera que induce a otro a desobedecer a Dios no es amigo, sino enemigo, cual sea su apariencia y por más agradable que sea su personalidad o su voz.

Una buena pregunta a hacerse sobre toda enseñanza es esta: «¿A dónde conduce?». El fin del error es muerte. ¿Le gustaría saber lo que hace la falsedad? Mire al joven profeta yaciendo sobre el camino, y dígame a sí mismo: «Este es el resultado de creer una mentira».

Toda mentira es destructiva. No existen las mentiras inofensivas. El mentiroso es afectado por

la mentira que dice. El viejo profeta cayó en el pozo del irrespeto y quedó fuera de la aprobación de Dios cuando de su mente y por sus labios lanzó una mentira. Su vida quedaría marcada para siempre en la Palabra de Dios por su mala obra. Quienquiera que crea una mentira es afectado por ella. La vida se concibió para vivirla en armonía con la verdad. Quienquiera que trate de vivir la vida por el error opera en las tinieblas, los malentendidos y las malas consecuencias. No hay escape. El error siempre hace daño a quien lo profiere y a quien lo acepta.

UNA MENTIRA ES DIABÓLICA

Aun otra razón para decir que una mentira es una tragedia es que ellas proceden siempre del diablo. Todas las veces que usted oye una mentira, sepa que el diablo está presente. Jesús dijo que el diablo es mentiroso y padre de mentira (Juan 8.44). Así, podemos decir con toda confianza que el diablo está presente en algún momento de esta historia. Cuando las Escrituras declaran que el viejo profeta mintió, nos están diciendo que el viejo profeta estaba bajo la influencia del diablo. Quienquiera que miente está bajo la influencia del diablo. La mentira es una criatura del diablo.

No sabemos cuándo fue que el viejo profeta tomó la decisión de mentir al joven profeta; no sabemos por qué eligió mentirle. Lo que sí sabemos es que le mintió a este, y también sabemos lo que resultó de esa mentira. Podemos deducir de esta escena que, cual sea la razón, cual sea el momento o el lugar donde se tome la decisión, una mentira es obra del diablo y avanza lentamente la influencia de este en el mundo.

Jesús dijo que la verdad nos hace libres (Juan 8.32). Solo imagínese las maneras como la verdad nos hace libres: Nos libera de la esclavitud al pecado

(Romanos 6.17–18, 21–22), de las tinieblas y de la ignorancia (Juan 17.17; Romanos 1.25; 1^{era} Tesalonicenses 5.3–4), de la muerte (Romanos 8.2; Hebreos 2.14), de la deshonestidad (Efesios 4.23–25), del temor del juicio (Juan 3.18–19, 21) y de ser desagradables a Dios (2^a Tesalonicenses 1.10–11; 2.9–10).

La lección que hemos aprendido del profeta de Judá jamás debe olvidarse. Tiene que ver con la decisión fundamental de optar por la vida. Cuando todo se ha dicho y hecho, seguir viviendo se reduce a una decisión fundamental: ¿Seguiré a Dios o al diablo? Si mi decisión es seguir a Dios, yo me consagro al mismo tiempo a seguir la verdad; pues Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él (1^{era} Juan 1.5). Si mi decisión es seguir al diablo, entonces la verdad no importa, pero las consecuencias son amargas, mortales y eternas (Mateo 25.41–46).

CONCLUSIÓN

La historia de este profeta de Judá ha sido incluida aquí como reprensión para Jeroboam y para todos los que puedan verse tentados a creer una mentira y alejarse de la verdad. Fueron consecuencias rápidas y severas las que sobrevinieron al profeta, por asirse tan débilmente de la verdad. Era el representante de Dios, y la verdad de Dios no debía flexibilizarse. Debía predicarla y vivir por ella. Dios tomó una medida drástica, al poner fin a la vida de un profeta, para enseñarnos esta verdad. ¿La aprenderemos? ◆

*Lección a ser aprendida:
El error mata;
la verdad produce vida.*